



Sociológica

ISSN: 0187-0173

revisoci@correo.azc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana

México

Vidal de la Rosa, Godofredo

Ideología y ciencia política en los Estados Unidos: origen y clímax de la revolución conductista en la
ciencia política

Sociológica, vol. 18, núm. 53, septiembre-diciembre, 2003, pp. 69-100

Universidad Autónoma Metropolitana

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305026646003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Ideología y ciencia política en los Estados Unidos: origen y clímax de la revolución conductista en la ciencia política

Godofredo Vidal de la Rosa*

RESUMEN

La característica identidad disciplinaria de la ciencia política estadounidense se formó durante la llamada revolución behaviorista o conductista. Ésta enfatizaba la necesidad de estudiar la política, especialmente la política democrática, científicamente. El estudio de la política debía ser ante todo empírico. En el enfoque behaviorista, la política democrática es analizada como la interacción y ajuste de intereses recíprocos entre diversos *grupos*, cuya pluralidad garantiza el funcionamiento democrático de la política, correspondiéndole al Estado un papel regulador marginal. Este enfoque perduraría sin cuestionamientos profundos hasta la sexta década del siglo xx, cuando se le hicieron diversas críticas tanto a sus premisas metodológicas como a las ideológicas. Sin embargo, la revolución behaviorista establecería el perfil de la disciplina de la ciencia política hasta nuestros días.

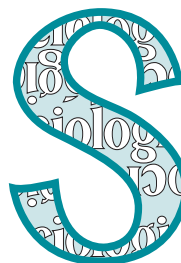
PALABRAS CLAVE: ciencia política estadounidense, behaviorismo, identidad disciplinaria, liberalismo político, pluralismo democrático.

ABSTRACT

The particular disciplinary identity of American political sciences came into view during the so-called *behaviorist revolution*, which emphasized the need of studying politics, specially democratic politics in a scientific way; the study of politics had to be —above all— an empirical study. Concerning *behaviorist* approach, democratic politics is analyzed as the interaction and the reciprocal adjustment of interest among diverse groups. The plurality of such groups guarantees the democratic functioning of politics and the State has a regulating marginal role. *Behaviorist* approach would remain until the sixth decade of the 20th century without important opponents (until its methodological and ideological premises became criticized). Nevertheless, the *behaviorist revolution* would establish the profile of discipline concerning political sciences up to our days.

KEY WORDS: American political sciences, behaviorism, disciplinary identity, political liberalism, democratic pluralism.

* Profesor investigador del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Avenida San Pablo núm. 180, colonia Reynosa Tamaulipas, Azcapotzalco, 02200, México, D.F. Correo electrónico: gvdr@correo.azc.uam.mx



LOS INICIOS

LA CIENCIA política, como el resto de las ciencias sociales en los Estados Unidos, tiene un origen bien establecido. Estas disciplinas surgen al final de la cruenta Guerra Civil, en la séptima década del siglo XIX, como una respuesta intelectual a los enormes cambios que sufre el país, surgida en los ámbitos de la vida universitaria. No es necesario hacer aquí una historia larga. Basta mencionar la industrialización masiva, la integración nacional por las vías férreas y la migración desde Europa y en los propios Estados Unidos, la urbanización y los problemas sociales que conlleva. La era que se inicia al término de la Guerra Civil y que se prolongará hasta las primeras dos décadas del siglo XX es conocida como la Era Dorada (*The Gilded Age*). El periodo se caracterizó por ser una época de rápida acumulación de riqueza, de formación de las grandes fortunas en la banca y en la industria, aunadas a un crecimiento industrial y comercial que, con el tiempo, daría el liderato económico mundial a este país. Asimismo, se distinguió por una radical transformación de la sociedad y de las instituciones políticas estadounidenses, y es justo con la emergencia de los Estados Unidos como una potencia comercial mundial que surgen preguntas acerca de la viabilidad del “sueño americano” como un orden social y político democrático.

Las grandes migraciones son seguidas por la vertiginosa urbanización e industrialización. Las fracturas raciales se ven agravadas por las divisiones de clase y la aparición de una enorme sociedad de masas. Una era de intensa movilización social también es acompañada de una inusitada configuración de la política nacional. Después de terminada la Guerra Civil, la reconstrucción del sur plantea problemas de inte-

gración política de la nueva República. Actores urbanos emergentes suplantaron a las clases agrarias en la conducción de la política y, sobre todo, aparece la primera visión de un Estado nacional por encima de los poderes locales. La ciencia social estadounidense se origina en la segunda mitad del siglo XIX, en pleno periodo de expansión geográfica y económica. Al término de la sangrienta Guerra Civil numerosos políticos y académicos empezaron a percibir los problemas nacionales como una realidad por encima de los asuntos más locales o regionales.

Este periodo extraordinario enmarca el origen de las ciencias sociales en los Estados Unidos (Ross, 1991), cuyo rasgo inicial es la convicción de que una sociedad y un sistema político excepcionales requieren un enfoque diferente a la tradición especulativa. El cientificismo como vocación de las ciencias sociales emula la imagen de autoridad asociada a las ciencias físicas o, al menos, a la biología. La historiadora de la ciencia social, Dorothy Ross, expresa lo siguiente:

La ciencia social estadounidense lleva la marca distintiva de sus orígenes. Lo que es distintivo en la ciencia social de los Estados Unidos es el grado en que ha sido modelada según la ciencia natural antes que las ciencias históricas, y por el sitio excepcional que los Estados Unidos ocupan en el mundo gracias a su gobierno republicano y las oportunidades económicas (Ross, 1991: xiv).

La fe en el excepcionalismo democrático estadounidense y la vocación liberal iban a ser los dos rasgos más perdurables en las ciencias sociales nacionales de los Estados Unidos. Pero no son sólo condiciones sociales las que explican el comienzo de la búsqueda de enfoques científicos para entender y reformar a la sociedad y a la política. Una expansión de la vida académica, donde nuevos grandes centros universitarios emergieron y los viejos se renovaron reforzó la confianza en la ciencia. En particular, las ideas de Darwin conmovieron a muchos estudiosos que veían en su pensamiento un parámetro para medir el progreso.

La ciencia política no será la excepción en la búsqueda de una identidad científica, en especial por la aspiración para diferenciarla de la filosofía y la teología. Pero, ante todo, para distinguirla de la imagen de la filosofía política y de la política europea. El excepcionalismo estadounidense es una imagen más convincente si se compara con la crisis de la política de los estados europeos en el inicio de la Primera Guerra Mundial. El contraste entre las monarquías, que se derrumbaban

arrastrando a toda Europa a la terrible guerra, y el sistema republicano y democrático de los Estados Unidos no podía ser más claro. En este país la idea misma del Estado como fundación de la política, que durante siglos proclamaron los filósofos del viejo continente, no había tenido arraigo (Farr, 1995; Gunnell, 1995). A principios del siglo xx, a la pregunta de si el liberalismo estaba sostenido en el Estado o en la sociedad, los estadounidenses respondían: la sociedad (Gunnell, 1995: 31). El excepcionalismo como imagen propia de la política surgida en la Era Dorada del siglo xix, daría lugar al pluralismo que dominaría la primera parte del siglo xx. Lo más notable es que sería a las imágenes del excepcionalismo democrático a las que correspondería la búsqueda de una ciencia política singular e inconfundible, con la particularidad de que, a diferencia de los arcanos de la filosofía política, la ciencia sería empírica.

Ciertamente, la vocación por un enfoque científico de la política también surgía en Europa. Los esfuerzos de Max Weber por darle un fundamento científico específico a la ciencia social son un ejemplo. Pero en los Estados Unidos, desde sus cimientos, la ciencia política buscó anteponer sus ideales e imágenes de la política democrática. Ideas como *el Estado* o *el Pueblo* se disolverían en la ideología política estadounidense desde los orígenes de la Constitución (Gunnell, 2002: 21 y ss.), dando paso a una imagen “pluralista” de la política, que requería una ciencia empírica antes que las impenetrables abstracciones de la filosofía europea.

Es en las tres primeras décadas del siglo xx, etapa de cambios nacionales e internacionales tan intensos como la Primera Guerra Mundial, la gran recesión y el *New Deal*, cuando la ciencia política emerge con un programa y perfil propios. En 1903 se funda tardíamente la *American Political Science Association* (APSA),¹ como resultado de la acumulación de nuevas ideas y convicciones gestadas en décadas anteriores, que a la postre marcarían la identidad de esta nueva ciencia.

Simultáneamente, el clima intelectual y cultural que enmarca los debates políticos es de agitación y crítica. El nuevo periodismo de denuncia, en la ciudad de Chicago, los “escarbadores de basura” (*muckrakers*), influyó en la vocación reformista de la sociología y la ciencia política; pero la era progresista no necesariamente representa un clima de

¹ La asociación de historia fue fundada en 1885, la de economía en 1884, la de estadística en 1889, y la sociedad de sociología en 1903 (Somit y Tanenhaus, 1982: 31).

opinión anticapitalista, al contrario, expresa la confianza en que, como John Dewey lo articuló claramente, los males del capitalismo moderno pueden ser reparados por la intervención del gobierno, quien da una “razonable jerarquía” capaz de conformar la “inteligencia” social (Fensterstein, 1997: 78 y ss.).²

Durante esta época, John Dewey formará una versión moderna del pragmatismo que influirá enormemente en la filosofía, la pedagogía y las ciencias sociales estadounidenses. Junto a la vocación reformista, también aparecerán los rasgos que identificarán al científico social con un profesional. Acerca del estado de la disciplina, Katznelson y Milner señalan que: “La ciencia política estadounidense nace en la era progresista, como una profesión no partidista de especialistas, destinada a generar conocimientos a fin de entender y ayudar a sustentar regímenes políticos liberales” (Katznelson y Milner, 2002: 4).

Pero no sólo trata de distinguirse ideológicamente de las doctrinas europeas contemporáneas. Desde aquellos años, la ciencia política estadounidense buscó deliberadamente diferenciarse de las tradiciones europeas, en especial las alemanas, abandonando o, al menos, repudiando los estilos metafísicos de pensar la política. Con ello, se fijó a sí misma una serie de rasgos distintivos que perduran hasta la actualidad. El primero es su particular visión liberal, ajena a las versiones europeas originales.³ El liberalismo estadounidense definirá el marco ideológico de la ciencia social, y de manera señalada de la ciencia política en los Estados Unidos:

Sustantivamente, esta arena de análisis político comparte, con otras tradiciones nacionales dedicadas al estudio sistemático de la política moderna, especialmente la alemana, un entendimiento del Estado como un complejo conjunto de instituciones y normas. Hay que resaltar que existe una diferencia clave. En los Estados Unidos, el impulso a estudiar al Estado está asociado en gran medida con el deseo de controlar al Estado por la sociedad civil (Katznelson y Milner, 2002: 8).⁴

² Para un análisis de las similitudes entre la visión pragmatista o deweyana y la popperiana respecto al papel de la ingeniería social en la solución de los problemas sociales véase Ricci (1984: 114-121).

³ Louis Hartz desarrolló la imagen más influyente sobre el liberalismo estadounidense. Para Hartz, a diferencia de la interpretación europea, el estadounidense era un liberalismo absolutista y proclive al provincialismo (Hartz, 1955). Más de un siglo antes, Alexis de Tocqueville había notado lo mismo en su clásico estudio de etnografía política *La democracia en América*.

⁴ Casi 50 años antes, Louis Hartz había observado *la relativa desestabilidad (the relative statelessness)* de la ideología liberal de los Estados Unidos, comparada con las trayectorias

Aunque tal vez Katznelson y Milner tienden a subrayar demasiado la noción de sociedad civil y deberían destacar, en cambio, la idea de una ciudadanía política, formada por individuos, la ciencia social estadounidense piensa en términos de ciudadanos y grupos y, al final de cuentas, en el equilibrio resultante de su interacción.

Y esta vocación es la que da sentido a su segunda característica propia: el pluralismo como principio teórico y político, entendidos como las alternativas específicamente estadounidenses a las metafísicas y al culto estatista en la ciencia política alemana e italiana. Por ello, la ciencia política de los Estados Unidos será desde su origen liberal, en el sentido del excepcionalismo estadounidense, y pluralista, es decir, antiestatista y antipopulista. Liberalismo y pluralismo se fusionarán⁵ y con frecuencia serán objeto de aceptación habitual, antes que de algún tipo de cuestionamientos.

En general, la ciencia política nace con rasgos muy diferentes a las tradiciones de investigación europeas. El rechazo deliberado, aunque pocas veces efectivamente alcanzado, a introducir consideraciones metafísicas significará una profesión de ciencia empírica.

Asimismo, la antipatía y el temor al Estado onnipotente reforzarán el liberalismo y el pluralismo como bases teóricas. Bernard Crick captó este espíritu cuando escribió que:

En una sola frase, la ciencia de la política asume una particular relación cuatripartita entre la noción común de *ciencia*, tal como se entiende en el pensamiento ordinario estadounidense, la idea de un entrenamiento *ciudadano* común, la generalización de los hábitos de la *democracia* estadounidense, y la fe común en la inevitabilidad del *progreso* o de un destino manifiesto de la sociedad estadounidense (Crick, 1959: xv, subrayados en el original).

europeas. Véase el ensayo de John Gunnell (1993). En la cosmovisión liberal estadounidense predomina la idea de que no hay un Estado, en la medida en que no es un ente físico, sino grupos e intereses en equilibrio y un sistema de instituciones que deriva de la lucha de los grupos. En suma, el Estado no tiene una realidad empírica. Pero la visión de éste como un ente marginal o residual de la sociedad también es compartida por el marxismo, adversario acérrimo del liberalismo.

⁵ El lector recordará que el pluralismo, en tanto doctrina política, se origina como una reacción a las teorías que establecían que sólo el Estado era el depositario de la soberanía. León Duguit, en Francia y Harold Laski, en Inglaterra son sus principales proponentes. Dahl sostiene que el pluralismo político es una doctrina opuesta a las teorías "monísticas" de la democracia asociadas al filósofo francés J. J. Rousseau. A través de Laski, el pluralismo llega a los Estados Unidos y se fusiona con las teorías de Bentley (ver *infra*) para dar origen al pluralismo teó-

Ciencia, ciudadanía, democracia y progreso serán, en sus inicios y hasta hoy, los ejes de la ciencia política de los Estados Unidos.

La ciencia política de la era progresista compartía el pragmatismo, como visión unificadora, con su idea de la ciencia y su orientación práctica. El pragmatismo ofrecía la coherencia necesaria para orientar los esfuerzos que crearan una verdadera ciencia política capaz de integrarse a los procesos de cambio y reforma. En particular, la noción de que el proceso de descubrimiento y discusión científica es análogo al de los procedimientos de debate y decisión democráticas tuvo una influencia determinante. La mera idea de que la autoridad científica podría ser un modelo para el establecimiento de la autoridad en la sociedad democrática, atribuida a John Dewey (Fensterstein, 1997: 78 y ss.; Ricci, 1984), marca una nueva visión acerca de la política moderna, que confiere a “la cooperación de la inteligencia cooperativa” un papel en la dirección de los asuntos públicos. Es así como los científicos políticos encontraron un lugar en esta empresa y su tarea fue crear una ciencia política adecuada a los nuevos tiempos.

Después de todo, como mencionaba Bernard Crick,

...el pragmatismo representaba en realidad el verdadero carácter del reformismo progresista, y aparecía más como una síntesis entre su ideal de una ciencia de la sociedad y los fines prácticos de la ciencia política, que como una educación avanzada que ofrecía entrenamiento al ciudadano (Crick, 1959: 69-70).⁶

Esta confianza en el descubrimiento de los hechos políticos y la eficacia del conocimiento derivado del conocimiento de los hechos, contrasta con las tradiciones anteriores, enfocadas a establecer valores morales y argumentos legales para el orden político. Es en este clima de convicciones y seguridad en la novedad de la empresa de la ciencia política producida en los Estados Unidos que surgen las nuevas generaciones de científicos políticos.

El más avezado pragmatista en la ciencia política fue Arthur Bentley (1870-1957). Su contribución, especialmente en su libro *The Process of*

rico de la ciencia política (Dahl, 2001). Hasta los años sesenta del siglo xx, el pluralismo se refiere a la diversidad de los intereses observables antes que a una teoría de la diversidad de identidades, asociada al multiculturalismo.

⁶ Crick apunta con gracia que “El pragmatismo no es un nihilismo, sino una forma particular de optimismo” (1959: 89).

Government (1908), fue decisiva porque prefigura la orientación de la ciencia política pluralista que prevalecerá durante casi todo el siglo xx.

Bentley era un convencido de la necesidad del estudio emanado de la observación. El objeto de la ciencia política era, entonces, la conducta observable. Rechazando las imputaciones metafísicas del deber ser de la acción política, Bentley concluyó que la única acción política verdadera era la de los grupos. Éstos son contingentes y no existe una clasificación previa, como la de Marx. Bentley veía a la política con una óptica liberal de un proceso de negociación fluida entre grupos.⁷ No el Estado ni los individuos sino los grupos, definidos por su actividad, son para él los átomos de la política.

Su intención era ofrecer un método, un nuevo instrumento de análisis. De la interacción y conflicto de los grupos resultaba un “paralelogramo de fuerzas” a imagen y semejanza de los procesos de la ciencia física. Con Bentley se abren novedosas perspectivas al análisis de la política, pues ofrece un enfoque que trata de expurgar las consideraciones subjetivas (*the soul stuff*).

De manera más específica:

...cuando los grupos son adecuadamente establecidos, todo está establecido. Cuando digo que todos los grupos, quiero decir todos. *La completa descripción significará la verdadera ciencia* en el estudio de los fenómenos sociales, no debe haber más campo para “causas” animistas (Crick, 1959: 122).

Así que el estudio de la política es el de la actividad política de los grupos. Bentley recurre a la noción de grupo como unidad de análisis.

Los conflictos entre grupos, más que la acción del Estado o las agencias gubernamentales, son la fuente de cambio y ajuste en la sociedad. Pero a pesar de su énfasis en el formalismo y el método, su trabajo tiene una orientación política identificable:

Enfatiza los derechos, libertades, la igualdad social sustantiva y el control popular del gobierno y la industria, en oposición al poder institucional, el control administrativo y la planeación promovida por la corriente conservadora del progresismo en los Estados Unidos (Seidelman y Harpham, 1985: 79).

⁷ Dorothy Ross señala que Bentley tomó esta visión del sociólogo alemán George Simmel, de quien fue estudiante por un breve tiempo (Ross, 1991: 332).

Este pragmatista quería construir un enfoque en el cual las clases medias tuvieran lugar en la política real. Como comenta Dorothy Ross, Bentley deseaba una política de las clases medias que pusiera coto a la transformación radical de la distribución del poder económico que había seguido a la Guerra Civil. La intención de centrar el análisis de la política en el componente grupal reflejaba este deseo (Ross, 1991: 330 y ss.). A diferencia de los enfoques tradicionales donde el cuerpo político era unificado por la Constitución, él pretendía mostrar el conflicto y las luchas políticas y las formas en que los grupos podían compensar con su acción al poder de las corporaciones y los partidos. Para ello era necesario dar a las clases medias datos e información objetiva.

La combinación de optimismo reformador y fe en la ciencia confiere a Charles Bentley un lugar destacado en la fundación de la ciencia política. Aunque su obra sería olvidada durante mucho tiempo, él fijaría temas y enfoques que se convertirían en el canon de la disciplina.

Charles Austin Beard (1874-1948) sobresalió como historiador y científico político. Igual que Bentley, su obra está sometida a la tensión entre sus valores democráticos y su fe en la ciencia. Además, en el mismo tenor que Bentley, veía en la lucha política y no en la marcha de las ideas la clave de la comprensión de la política.

Su obra más recordada, entre los casi 50 libros que escribió, es *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States* (1913), que representa un esfuerzo por exponer la configuración de intereses económicos que dieron origen a la Constitución política de los Estados Unidos. Para él, este documento era la expresión de intereses de propiedad específicos. Su enfoque empírico empleaba estadísticas económicas detalladas para observar los cambios en las fuentes de la riqueza y poder en los Estados Unidos.

El análisis de Beard se inscribe, así, en un debate entre la visión jeffersoniana y la expresada en la Asamblea Constituyente por Alexander Hamilton. Los defensores de la primera encarnaban los puntos de vista de granjeros y agricultores, que perseguían una visión localista, mientras los de la segunda, los privilegios de los capitalistas y financieros urbanos, con una perspectiva nacional. En la misma vena, Beard analizó la democracia jacksoniana, a veces asociada a una era “populista” de activa participación política de los pequeños propietarios agrícolas, en términos de una revuelta de intereses de los granjeros, y la Guerra Civil, como “una segunda revolución” en la historia de los

Estados Unidos, en la cual luchaban los nuevos capitalistas norteamericanos contra las prerrogativas de la aristocracia de las plantaciones y el esclavismo sureño.

Beard también creía que “la democracia no es meramente elecciones periódicas. La democracia significa que el gobierno se mantiene bajo el control y monitoreo de la gente entre las elecciones. A fin de que las personas puedan ejercer su vigilancia sobre el gobierno es necesario que tengan un gobierno que puedan entender” (cit. por Seidman y Harpham, 1991: 91). Beard estaba convencido de que los científicos sociales tenían un papel de responsabilidad en esta educación democrática. Con los años, descubrió que su optimismo estaba mal cimentado, más aún, aunque confiaba en la ciencia como la manera más confiable de contribuir al enriquecimiento de la democracia, pronto las pautas de profesionalización de la ciencia política lo decepcionaron. El propio ideal de la ciencia social, alejado de “la teología, la ética y el patriotismo”, inducía asimismo un giro hacia discursos políticamente neutrales, el culto al cientificismo y los estilos profesionalizados para las futuras generaciones de científicos políticos.

Por un lado, la profesionalización de la ciencia política empezaba a hacer hincapié en las técnicas y métodos sofisticados antes que en la capacidad de comunicar asuntos relevantes. En palabras de la historiadora Dorothy Ross, durante los años que siguen al movimiento progresista, “la profesionalización y el cientismo distanciaron el discurso de las ciencias sociales de los ideales (democráticos) nacionales” (Ross, 1991: 468).

LA CONSTRUCCIÓN DEL CANON: 1930-1970

El proceso de profesionalización y el culto al “cientismo” en las ciencias sociales, y por supuesto en la ciencia política, se habían afianzado en las mentes de los practicantes de las disciplinas desde finales del siglo XIX. Parte de este proceso se explica en la transformación de la academia, y en especial en el giro secular a los estudios sociales. Los modelos alemán y francés sirvieron de base para establecer la currícula y el sistema de credenciales académico (Gunnell, 1993, 1996 y 1998).

Sin embargo, el modelo estadounidense tuvo distintivos propios desde sus inicios. La conversión secular nunca abandonó del todo el mito del excepcionalismo estadounidense, y a pesar de la influencia

del modelo germánico, los norteamericanos pronto se aferraron a esquemas empíricos, diferenciados claramente de la especulación y la metafísica europea (*the soul stuff*, decía Bentley).

Se ha escrito bastante (Ross, 1991; Purcell, 1973; Gunnell, 1993) sobre esta conversión y sus fuentes intelectuales. Pero lo que debe subrayarse es la facilidad con que el credo liberal y democrático (es decir, la fe en el sistema estadounidense de gobierno) se podía reconciliar con el credo científico. La simbiosis entre el liberalismo y la ciencia significó a la vez la afirmación de la incompatibilidad entre, como decía Charles Merriam, “la política de la selva y la ciencia de laboratorio” (Somit y Tanenhaus, 1982: 142).

Esta identificación de los procedimientos del debate científico y los procedimientos democráticos también era un asunto central en el pragmatismo de John Dewey (1984). Podría decirse que la afirmación de la superioridad del método de las ciencias físicas y de la biología era un artículo de fe ampliamente difundido en las comunidades académicas y que había pocas dudas acerca de que este debía servir de base para las nuevas ciencias políticas. Crear instituciones para la investigación adecuadas a esta imagen de las ciencias políticas sería el siguiente paso. Y en esta tarea Charles Merriam destacaría perdurablemente.

Merriam es más recordado por las empresas académicas que creó que por sus aportaciones intelectuales propiamente dichas. Pero su trabajo como constructor de instituciones está asociado a su convencimiento de que la ciencia política está destinada a contribuir a la democracia y a la reforma gubernamental. Merriam fue activo en la política y participó en los gobiernos de Hoover, como asesor en asuntos sociales, y de Roosevelt, en diversas comisiones. Se postuló a la alcaldía de Chicago sin éxito. Creó o ayudó a fundar entre otras empresas académicas el *Social Science Research Council* (SSRC) en 1923, y el Departamento de Ciencia Política en la Universidad de Chicago.⁸

⁸ De hecho, esta Universidad se convirtió en un sitio de contacto, probablemente involuntario, entre la nueva ciencia conductista y las tradiciones europeas de filosofía política traídas por los exiliados alemanes que huían del nazismo, como Leo Strauss (quien había estudiado con Carl Schmidt y Martin Heidegger en Alemania). Aunque en el plano personal Merriam y Strauss se ignoraron mutuamente, debe resaltarse el hecho de que, desde sus inicios, el programa de la ciencia política tuvo frente a sí a la vieja tradición filosófica que decía superar. A la vez, Strauss, quien sería el maestro de varias generaciones de filósofos políticos, ideólogos y conservadores durante las administraciones de los presidentes Reagan, Bush Sr. y Bush Jr.

Su visión de la ciencia política era coadyuvar a crear un liderazgo político efectivo y promover la educación cívica en una era marcada por la gran depresión. Merriam mantenía una actitud ambigua respecto a la relación con el patrocinio de la ciencia política. Activamente buscó y obtuvo fuertes apoyos de las principales fundaciones, como la Rockefeller Foundation y la Carnegie Foundation y, al mismo tiempo, creía que la ciencia política debía ordenar sus tareas con autonomía de los intereses creados. Su respuesta era la creación de instituciones colegiadas.

Bernard Crick captó esto en las siguientes palabras:

Merriam tomó de Dewey la clara distinción epistemológica entre “hechos” y “valores”. La imaginación “subjetiva” del académico solitario se volvió sospechosa a los ojos de los verdaderos científicos sociales, excepto, posiblemente, como una fuente de hipótesis para ser puesta a prueba. El trabajo en solitario fue visto como un síntoma mórbido; carecía de importancia, de fraternidad profesional y de un método científico verdadero. La gran era de los “proyectos” y de las Fundaciones estaba en camino (Crick, 1959: 158).

Aunque Merriam no acuñó el término, se le adjudica el comienzo de la *era conductista* (behaviorista) de la ciencia política. El término puede ser confuso,⁹ de hecho, el behaviorismo aglutina las obras más notables de la ciencia política estadounidense, y bajo su cobertura se establecieron algunas de las características más reconocibles de la ciencia política hasta hoy día. En esencia, el término *conductismo* se utilizó como un postulado acerca de que la ciencia política debía basarse en la observación de los comportamientos políticos antes que en las intenciones o ideas de los actores. Es decir, hacía énfasis en el carácter empírico de la ciencia política. Merriam, sin embargo, estaba alejado de las versiones más positivistas que le seguirían. Creía en la posibilidad de la ciencia política, aunque “no demostrablemente exacta”, por medio de la observación sistemática, la proposición de hipótesis sujetas a verificación y el uso de métodos de investigación científicos.

(Drury, 1997) pensaba que la “nueva ciencia política” era ingenua y su relativismo moral no ofrecía las ideas necesarias para defender las libertades en un mundo de adversarios (Strauss, 1962 y Gunnell, 1993: 258).

⁹ Según Gabriel Almond (1998: 27), el primero en hablar de “un análisis conductista de la política” fue George Catlin, en 1927. Se recuerda al lector que hay una escuela de psicología conductista que, sin embargo, tiene poco o nada que ver con la tradición de la ciencia política.

Pero la idea sustantiva en su obra es que la ciencia política podría arrojar luz sobre la conducta de las elites y contribuir a eliminar el comportamiento irracional y las conductas inciviles de las masas. La ciencia política podría ser un antídoto a los horrores del fascismo y el comunismo siempre y cuando se insertara en la tradición de la preservación del orden liberal (Crick, 1959: 140). El espíritu de racionalización de la vida política impulsó la obra de Merriam. En palabras de Somit y Tanenhaus, que a su vez citan a Merriam:

La búsqueda que Merriam emprendió, de una ciencia política, surgió de la preocupación por la política social (él la llamaba “prudencia política”), y no del deseo de obtener conocimiento por sí mismo. Una ciencia de la política permitiría “un control más inteligente del proceso de gobierno” y facilitaría “el control consciente de la evolución humana hacia el que la inteligencia se mueve en todos los aspectos de la vida”. Merriam profetizó que sería posible “la eliminación del desperdicio en la acción política” y la liberación de “las posibilidades políticas en la naturaleza humana” y además “evitaría o minimizaría” la guerra, las revoluciones y “el ajuste imperfecto de individuos y clases...” podría analizar “la corrupción, el saqueo, la explotación y la ociosidad, que surgen de la incapacidad de superar la inercia y el estancamiento” y otros males que llevan a la “baja productividad y la falta de valores que afectan el logro del bienestar asocial”. Estos eran “los objetivos y las pruebas de la política científica” (Somit y Tanenhaus, 1982: 141).¹⁰

En más de un sentido, el movimiento behaviorista debe a Merriam su razón de ser. Discípulos directos suyos fueron Harold D. Lasswell, Orlando Vladimir Key, David Truman y Gabriel Almond quienes, con Robert Dahl, pueden considerarse como los mejores o más influyentes exponentes de la ciencia política de mediados del siglo xx en los Estados Unidos.

Para el lector no estadounidense o poco familiarizado con la vida intelectual de la ciencia política en ese país, los nombres de Key y Truman quizás sean extraños, y aun los de Harold Lasswell y Robert Dahl, pero su obra establece los cánones de la ciencia política en el

¹⁰ El significado que Merriam daba a la palabra “prudencia” se ilustra por la anécdota que refiere que pidió al joven doctorante Gabriel Almond eliminar de su proyecto de tesis una referencia que criticaba los intereses de John D. Rockefeller, cuyas fundaciones financiaban, a la sazón, los proyectos de Merriam en la Universidad de Chicago (Gunnell, 1990: 36).

estudio de la opinión pública, de los procesos electorales, de los sistemas de partidos y de la política de los grupos de interés en un ambiente democrático.

El movimiento conductista abarca varias décadas y transformaciones. En él se incluyen autores como Merriam, en la tercera década del siglo xx, hasta Dahl, activo hoy día. Aún más claramente que una identidad teórica o metodológica, el movimiento conductista se identifica con el compromiso sustantivo por entender, empíricamente, la intersección entre ciudadanía e instituciones democráticas y liberales. Esta manera peculiar define también una apuesta al excepcionalismo del modo estadounidense de comprender la política.

El legado del movimiento conductista es doble: la aproximación empírica sistemática a la política, y la representación “realista” de la democracia (o, si se quiere, la representación positiva de la democracia “realmente existente”). La primera aportación es, de hecho, más conocida, ya que sobre ella se ha creado toda una “industria ligera” dedicada a realizar críticas, fundadas e infundadas, sobre el positivismo en las ciencias sociales. Pero no es un requisito compartir la filosofía positivista para coincidir con la afirmación de que:

...el conductismo fue tremendamente importante para el estudio científico de la política debido a que enfatizó, en muchas variantes, la observación precisa, que la medición y el conteo son posibles, la [importancia de la] presentación clara de las hipótesis, y la necesidad de criterios no ambiguos para aceptar o rechazar las pruebas (Farr, 1995: 279).

El movimiento conductista promovió la idea de la superioridad del método científico y de la indagación empírica sobre los métodos especulativos en el estudio de los fenómenos políticos. La convicción de que el conocimiento con métodos científicos era la mejor vía para coadyuvar al desarrollo de una ciudadanía y un gobierno democrático es común a los autores enrolados en el movimiento del análisis conductista de la política. Esta visión se justificó frente a los estilos subjetivistas asociados a las formas más antiguas de estudiar los fenómenos políticos.

Robert Dahl, quizás la eminencia más conocida y perdurable de la tradición conductista, escribió un ensayo ya clásico en el que ofrece una identidad al programa conductista. Esta identidad es la de ser una alternativa rigurosa, empíricamente sólida y metodológicamente

sofisticada, frente a lo que se consideraba como meras opiniones eruditas, pero exentas de los rigores de las pruebas empíricas de los filósofos de la política.

Robert Dahl señalaría, teniendo en mente a los filósofos alemanes emigrados a los Estados Unidos durante el nazismo (Leo Strauss, Eric Voegelin, Hannah Arendt, Herbert Marcuse, entre otros), “la impaciencia del científico político empírico con el filósofo político, quien insiste en la importancia de los ‘valores’, surge en parte por el sentimiento de que el filósofo raramente completa su tarea” (Dahl, 1961: 771). De aquí que la ciencia política estadounidense haya puesto tanta atención a las discusiones metodológicas, en un grado comparable al que los teóricos sociales europeos han concedido a las cuestiones epistemológicas. La superioridad de la metodología de la ciencia política sobre la filosofía era proclamada en 1956 por Harry Eckstein, quien hacía eco de décadas de consenso entre los practicantes de la disciplina. Según él:

...la metodología es más que un asunto de métodos de investigación e incluye lecturas en los campos de la epistemología, lógica, filosofía de la ciencia y el conocimiento de otras prácticas científicas y sus historias. Sólo sobre estas bases la ciencia política podrá desarrollar un “método único” y una teoría autoconsciente, construida y validamente entendida como “el centro de la disciplina”, antes que una mera ojeada a los “grandes textos como fuentes de inspiración teórica” (cit. por Gunnell, 1993: 244).¹¹

Dahl, en este ensayo clásico, observa que el credo conductista fue un producto surgido de la cultura académica estadounidense. Sus valores máximos eran su pragmatismo, su orientación a los hechos y su confianza en la ciencia. Pero el resultado de la proclamación de la superioridad de la ciencia no fue servir de antídoto a los perniciosos excesos retóricos comunes a los “teóricos” y filósofos, sino la aparición del extremo opuesto: el cientificismo, es decir, la confusión de la forma y la jerga técnica con la investigación científica (Sartori, 1984).¹²

¹¹ En 1932, el sociólogo alemán Karl Mannheim escribía que “Es posible que muchos académicos estadounidenses admitan la importancia de discutir construcciones teóricas. Sin embargo, la cuestión principal en el campo de la metodología no es tener opiniones correctas sino hacer las cosas correctamente. Esto revela una gran ansiedad por no violentar ciertos principios muy limitados de exactitud” (cit. por Horowitz, 1983: 158).

¹² En realidad, siendo el conductismo una etiqueta a una amplia tradición, incluía diversos enfoques y criterios teóricos. Como observó David Easton (1969), muchos autores de esta era

Vinculados al programa de estudio científico de la política aparecieron el lenguaje rebuscado, el culto a las técnicas cuantitativas y la pereza teórica (Ricci, 1984). Desde los orígenes de la ciencia política profesional estadounidense esta vocación por diferenciarse de la filosofía política o, mejor dicho, establecerse sobre bases metodológicas sólidas ha sido una constante.

Más que nada, el conductismo pareció detenerse en la falta de una elaboración sustantiva o reflexiva de la política. David Ricci describió su programa como un *empirismo descriptivo* (Ricci, 1984: 293 y ss.), implicando el fracaso para construir un edificio teórico. Pero un balance muestra sus rasgos teóricos. El conductismo o revisionismo en la teoría política norteamericana se caracterizó por oponerse a lo que se percibe como falta de realismo en las nociones tradicionales sobre la democracia moderna. Criticaba la idea de que existe o puede existir una ciudadanía idealmente informada o interesada en los asuntos públicos. También cuestionó la idea igualitarista (o amorfa) de la democracia y apuntó a la necesidad de órdenes jerárquicas funcionales y elites aptas y diligentes.¹³ Pero el conductismo también se definió por su revisión del concepto de democracia política y su búsqueda de enfoques desligados de la tradición normativa, representada por la filosofía política. De hecho, el rechazo de posiciones “metafísicas” y el recurso al método científico irían asociados casi naturalmente en la tradición pragmática que estuvo en el origen de la ciencia política y los enfoques positivistas de los años cincuenta (Crick, 1959; Neal, 1995; Gunnell, 1993).

Harold D. Lasswell (1902-1978) puede considerarse el heredero de Charles Merriam y el padre del movimiento conductista en los años cincuenta. Su énfasis en el estudio del poder político es subrayado en su declaración de que: “Cuando hablamos de la ciencia de la política, lo hacemos de la ciencia del poder” (Crick, 1959: 182).¹⁴

asumían las teorías estructural funcionalistas del sociólogo Talcott Parsons, y otras diversas versiones de una teoría de sistemas. Existió un conductismo metodológicamente “duro” y de vena positivista y cuantitativa. Aunque todas las versiones de la ciencia política de la época enfatizan la operacionalización de conceptos y los criterios de prueba empírica, sólo las posiciones más duras merecen el nombre de positivistas o científicos (véase Sanders, 1995).

¹³ David Ricci (1985) apunta la convergencia entre la nueva visión realista y conservadora de la democracia, que surge en plena revolución conductista, con las ideas de la democracia dirigencial o elitista y la analogía entre el mercado y los procesos electorales. Los teóricos del conductismo tomaron la visión desencantada de la democracia liberal del economista y científico político austriaco Joseph Schumpeter, y los teóricos de la elección racional, su analogía del mercado y los procesos electorales.

¹⁴ La fuente es el libro de Lasswell, *Politics: Who gets, what, when, how?*, publicado en 1936.

Lasswell muestra una visión instrumental acerca de cómo puede consolidarse la democracia en una era turbulenta como la que vivió. Para él, dos cuestiones serán decisivas: 1) los factores irracionales en la vida social y política, tanto en las elites como en las personas comunes, y 2) la aparición de tecnologías de control político, como la propaganda. Lasswell redescubre el papel y la importancia de los símbolos y prácticas comunes en la política, cuyo control sustituye el uso de la coerción por las elites. De lo cual él deriva que la democracia depende en gran medida de la disposición de las elites para usar símbolos y fomentar las prácticas democráticas. Pero por encima de las elites políticas estarán los “guardianes de la democracia”, encarnados ahora como científicos. La amenaza que percibe está en el irracionalismo arraigado en la naturaleza humana, y ni los regímenes democráticos pueden estar a salvo de la patología del poder. El científico social es considerado como un guardián no sólo de la preservación de la razón sino de la misma democracia, frente a sus enemigos internos y externos.

Más aún, Lasswell apuntaría que “los descubrimientos de la investigación sobre la personalidad muestran que los individuos son jueces pobres de sus propios intereses” (Ricci, 1984: 81). No sólo se refiere al ciudadano ordinario sino también a los líderes. La experiencia del fascismo y el culto a la personalidad comunista reafirmaban la credibilidad de esta idea. Para afrontar el análisis de estos fenómenos y ofrecer conocimientos útiles a la política, Lasswell propone una extraña reconciliación entre el psicoanálisis y el positivismo lógico, en la cual la ciencia política adquiere una tarea “terapéutica”.

Aunque para algunos las ideas de Lasswell parezcan absolutistas y antidemocráticas es más realista pensar, como lo hizo Bernard Crick, que resulta injusto acusar a este autor de cultivar ideales antidemocráticos. A la luz de los desarrollos de los *estados de seguridad nacional*, las advertencias que él hacía hace seis décadas parecen actuales. Lasswell mostró una enorme preocupación por el desarrollo de las tecnologías de control, coerción política y militar que observaba en el gobierno norteamericano durante el clímax de la guerra fría, y acuñó el término del *estado de guarnición* (*The Garrison State*) para alertar sobre los graves peligros que las nuevas tecnologías de la guerra y el control político conllevaban para las libertades ciudadanas y la salud democrática (Lasswell, 1941 y 1962).¹⁵

¹⁵ La obra de Lasswell es enorme, recorre más de 50 años. Para un perfil intelectual véase Almond (1990).

También discípulos de Merriam en la Universidad de Chicago, y portadores de su mensaje, fueron Orlando Vladimir Key y David Truman. El primero es recordado por haber utilizado los más avanzados métodos estadísticos disponibles para el estudio de los partidos y los procesos electorales. Su interés estuvo en comprender la compleja realidad que va desde las preferencias electorales hasta la política interna de los partidos y su relación con el sistema político. Se le considera un innovador en el estudio moderno de la opinión pública.

Su obra más destacada fue *Southern Politics* (1956) donde, con una maestría notable y recurriendo a encuestas y entrevistas, examina la política en un sistema, para fines prácticos, monopartidista, dominado por el Partido Demócrata, destacando las coordenadas del electorado y la raza, pero también la mecánica de los procesos de las elecciones primarias y a nivel estatal.

Lo que Key produce es una representación empírica, realista, de cómo funciona el proceso electoral. Lo que se exhibe son ciudadanos inteligentes y generalmente orientados sobre asuntos públicos, pero interviniendo esporádica, aunque algunas veces decisivamente, en estos procesos, por medio de las elecciones políticas. Entre las intenciones del elector y los resultados electorales media un complicado aparato de activistas que manipulan y orientan la opinión pública. La opinión pública es influenciada por diversas instituciones como la familia, la escuela y los medios de comunicación masiva. Así que la influencia de la ciudadanía es mediada por varios procesos entre los cuales están las consideraciones sobre los intereses propios, pero también la percepción de los intereses nacionales. Junto a estos elementos, los partidos, los activistas y los políticos también contribuyen, aun sin quererlo, a formar una opinión pública racional. El trabajo de Key puede ser considerado como el inicio del análisis del comportamiento electoral y las fuentes de las preferencias de los electores. Él abandona la idea simplista de que la preferencia electoral está determinada por la simple adscripción social. Quizás su contribución más perdurable sea su definición de una teoría de la racionalidad del ciudadano.¹⁶

David Truman, por su parte, realizó una actualización de la propuesta que Bentley hiciera medio siglo antes. La política de grupos de interés reaparece como un fenómeno positivo para la salud del sistema

¹⁶ Por supuesto habría que mencionar que, junto a Key, destacan las propuestas del sociólogo Paul Lazarfeld, de la Universidad de Columbia (Shapiro, 2001).

democrático estadounidense. Minimizando las desigualdades de influencia y poder político que acarreaba el ascenso de las modernas organizaciones sindicales y empresariales, Truman ve en ellas los elementos para un mecanismo democrático de pesos y contrapesos.

Sin embargo, para que el sistema funcione tiene que sustentarse en ciertas “reglas del juego” que representan en esencia una visión consensual acerca de la política democrática. Éstas implican conductas reservadas y prudentes en la arena política. A final de cuentas, la política de grupos se funda en valores democráticos. Como comentan Seidelman y Harpham (1985), Truman reintroduce en sus análisis el *soul stuff* que Bentley quiso expurgar, presentando una imagen donde los grandes grupos de interés servían a la democracia.

Truman mostró miopía para observar procesos perturbadores de la política de los Estados Unidos, y mientras destacaba la eficiencia y contribución a la estabilidad de la distribución de poderes, simplemente ignoraba el proceso de concentración de poder en el Estado y que las grandes empresas transformaban al sistema político. La imagen positiva que ofrece de los mecanismos del sistema democrático, basado en el consenso y el ajuste mutuo de intereses en el sistema estadounidense de mediados del siglo xx, no era producto de un sesgo cínico, al contrario, surgía de su ánimo de encontrar mediaciones entre las fuerzas extremistas que ponían en tensión a esa imagen de la democracia.

Por un lado, él reaccionaba con alarma ante el macartismo, y lo identificaba como un fenómeno de *política mórbida* de movilización de masas y la irresponsabilidad de las elites políticas, a las que había que contrarrestar recurriendo a la opinión pública y a la educación de las elites en los valores del consenso y la prudencia liberales. Pero el temor a los extremos de la derecha hizo que no pudiera dar cabida en su obra a movimientos sociales democráticos que rompían con las reglas del juego (Katznelson, 1997).¹⁷

Mas allá de la visión de unas reglas del juego compartidas y aceptadas por todos los actores que surge de los análisis que David Truman identifica con la persistencia del juego democrático, Robert Dahl orientaría la ciencia política hacia la idea de procesos de ajuste mutuo entre actores y sus intereses como el fundamento de la democracia.

¹⁷ Edward A. Purcell Jr. menciona que “el macartismo contribuyó a que la teoría relativista (así llama Purcell al movimiento conductista) adquiriera sus orientaciones (proclives) hacia el *statu quo*, debido a que forzó a que muchos intelectuales vieran en las instituciones establecidas, y presumiblemente pluralistas, obstáculos a la amenaza de un temible movimiento de masas absolutista” (Purcell, 1973: 242).

Más que un enfoque de orden, Dahl contribuiría con una perspectiva de progreso democrático. Bajo diferentes ropajes, la noción de que la democracia realmente existente se funda en el pluralismo de intereses es intrínseca a la visión liberal, lo mismo que a visiones más antiguas del republicanismo.

La característica particular de la postura pluralista de la ciencia política estadounidense es que surge frente a posiciones antidemocráticas o antiliberales del comunismo y de la extrema derecha. El pluralismo democrático es una idea que refuerza la crítica a la concentración del poder y la visión monista del Estado y es su antídoto. Pluralismo y democracia se convertirán en caras de la misma moneda casi naturalmente.¹⁸ El pluralismo democrático puede definirse, entonces, como una teoría liberal y empírica de la democracia, que básicamente disuelve el término tradicional de “pueblo” en diversos componentes (ciudadanos, grupos, poliarquías, elites). Antes que nada reconoce la existencia de una diversidad de grupos de interés. Sin duda, el representante más sofisticado e influyente del pluralismo democrático es Robert Dahl.

La concepción del pluralismo democrático de Dahl es ante todo analítica y descriptiva; pretende alejarse de la visión puramente normativa del deber ser de la democracia. Sus criterios de evaluación son instrumentales y decisionales. Asimismo, pretende ser una descripción empírica previa a cualquier énfasis normativo.¹⁹ Robert Dahl elabora sus argumentos a partir de un estudio de la política local en New Haven, Connecticut y no encuentra la concentración del poder que las investigaciones, con alcance nacional, de C. W. Mills habían señalado unos años antes. Lo que Dahl halla no es *una* elite del poder sino *muchas* elites políticas que comparten una amplia gama de influencias y poder al nivel de la comunidad (Horowitz, 1976; Ricci, 1984).

Algunas de las ideas que Robert Dahl ha ofrecido se han convertido en piedras angulares del estudio de las democracias modernas. La noción más conocida que él introduce al análisis moderno es la de *poliarquía* (Dahl, 1971), la cual define mejor que el término democracia el estado actual de los sistemas políticos pluralistas. Se trata de una

¹⁸ Para Dahl, la visión pluralista surge contra la visión monística de la soberanía propuesta por Rousseau. El pluralismo no sólo avala la existencia de intereses fragmentados sino que la postula como condición para la democracia moderna.

¹⁹ Dahl, a pesar de haber abogado enérgicamente por un enfoque empírico y analítico de los procesos democráticos, nunca ha renunciado a la reflexión valorativa y a considerar las implicaciones morales de las diversas doctrinas políticas.

noción que reconoce la discrepancia entre los ideales democráticos y las realidades. Las poliarquías pueden democratizarse en la medida en que cumplen reglas y criterios decisionales relativos a las elecciones, libertad de expresión y participación ciudadana, pero, sobre todo, estas reglas admiten la inserción de nuevos grupos e inusitados reclamos sociales, políticos y económicos (Vidal, 1992).

Dahl insiste en que en un mundo de intereses e identidades diversos y complejos no hay mayorías sino únicamente minorías, y aun minorías dentro de las minorías:

De aquí que no podamos describir correctamente las operaciones actuales de las sociedades democráticas en términos del contraste entre mayorías y minorías. Sólo podemos distinguir grupos de varios tipos y tamaños, que buscan, de diversas maneras, lograr sus metas, usualmente a expensas, al menos en parte, de los demás (Dahl, 1956: 131; Katznelson, 1997: 248).

Pero hay una tercera peculiaridad de la ciencia política conductista, además de la vocación científica y empírica, y del pluralismo o concepción “grupala” de la política. Esta característica está presente al menos desde los tiempos de Merriam, pero es hasta los primeros años posteriores a la Segunda Guerra Mundial cuando adquiere un estatus teórico explícito. La ciencia política conductista comparte un enfoque “culturalista” de la política (Eckstein, 1988). El término culturalista implica simplemente la importancia de los llamados valores culturales en la configuración de las prácticas políticas. Este rasgo, que podría parecer a primera vista incongruente con el credo positivista, se convirtió en una bandera a partir de la fusión de la sociología estructural funcionalista de Parsons con la ciencia política (ver el texto de Brian Barry, 1970).

La definición de David Easton ilustra el proyecto de la reconciliación del enfoque empírico de la conducta política y el estructural funcionalismo o teoría culturalista de la política. Según este autor “la vida política consiste en aquellas acciones relacionadas con la adjudicación sancionada por las autoridades [*authoritative*] de valores” (Easton, 1953: 143-144). Por valores, Easton se refiere, por supuesto, a conductas, objetos y situaciones estimados subjetivamente o, si se quiere, según un marco de referencia cultural, por diversos actores. Las acciones específicas las define como “el sistema político”, y éste será considerado en función de su grado de integración o equilibrio.

De manera similar, Gabriel Almond, quien había escrito su tesis doctoral bajo la dirección de Merriam en la Universidad de Chicago, propondrá, siguiendo las ideas del sociólogo Talcott Parsons, la noción de que la cultura política es el concepto analítico central para la comparación de los sistemas políticos, señalando que “cada sistema político está inmerso en un particular patrón de orientaciones de la acción política” (Purcell, 1973: 263). Más tarde, una nueva generación de politólogos daría inicio a las subdisciplinas de la política comparativa, establecida para estudiar el cambio político en el entonces llamado Tercer Mundo. Personalidades como David Easton, Gabriel Almond, Lucien Pye, Harry Eckstein, James Coleman, Seymour Martin Lipset, Samuel Huntington, entre otros, abandonarían el credo positivista para afiliarse a las teorías asociadas al sociólogo de Harvard, Talcott Parsons. Este giro metodológico daría paso al llamado enfoque *culturalista* del cambio político (Eckstein, 1988; Barry, 1970; Bill y Hardgrave, 1981; también consúltese Vidich *et al.*, 1981).

EL OCASO DEL PLURALISMO CONDUCTISTA

No puede separarse el movimiento conductista de las ansiedades de la guerra fría (Katznelson, 1997). El cientificismo y la imagen de expertos desligados de la política mundana reflejan el realineamiento de los científicos sociales profesionales y el gobierno durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Es en esta época cuando los científicos políticos abrazan el “manto de guardianes del orden liberal” (Katznelson, 1988: 243). Pero ellos:

...no son un grupo de conservadores o apologistas complacientes. Sus miembros apreciaban magníficamente los atributos positivos del sistema político, pero nunca produjeron un juicio puramente favorable. En un mundo peligroso y amenazante, ellos apreciaron con claridad las trampas y las crueles alternativas de la época, y generaron una renovada apreciación de lo que Dahl llamó “el [sistema político] híbrido estadounidense”. La mayoría fueron liberales del Nuevo Trato o fuertes igualitaristas (Dahl, por ejemplo, pronto mostró afinidades con el socialismo democrático). La mayoría de ellos se opuso a la guerra en Vietnam y apoyó los movimientos de derechos humanos (Katznelson, 1997: 243).

El conductismo comparte con otros enfoques de la tradición liberal un modelo de la política en esencia simple y que se diferencia de las

alternativas marxistas y de aquellas que se enfocan al estudio del poder de las elites políticas.

Si para el marxismo la política se establece como las relaciones de dominio (sobre los instrumentos del Estado y los medios de producción) de la clase propietaria sobre las clases explotadas, y para los teóricos de las elites como las relaciones de dominación entre las elites y los grupos dominados, para el pluralismo en general la noción de dominación se resuelve en la capacidad de influencia de individuos y grupos sobre las decisiones colectivas. Este modelo se repetirá, con diferencias, en el conductismo y en las teorías económicas de la política.²⁰

No obstante, a fines de los años setenta, cada uno de los supuestos básicos de la revolución conductista fue atacado. Por un lado, se fortaleció la reacción de los filósofos en defensa de los enfoques especulativos sobre la política. Estudiosos de la historia de las ideas políticas tan contrastantes como el conservador Leo Strauss (1962) y el filósofo político Sheldon Wolin (1960 y 1969), se opusieron a lo que consideraron un pernicioso énfasis en los métodos empíricos basados en la separación valores-hechos, propia de los métodos empíricos que proponía el movimiento conductista. Tanto Strauss como Wolin argumentaban en favor de la tradición de la filosofía política. El segundo acusó a los conductistas de extraviar la visión sobre los fenómenos políticos, y Strauss, aún más lejos, atacó tanto al *telos* de la modernidad implícito en el proyecto de la ciencia política como a su incapacidad de comprender las verdades eternas contenidas en los textos clásicos de la filosofía (Behnegar, 2003). Ambos embates no se dirigían únicamente a minar los supuestos epistemológicos del positivismo, como lo harían algunos teóricos de la ciencia social, sino a rescatar discursos y perspectivas que veían a todas luces más completos y satisfactorios que las imágenes de la política derivadas de la filosofía política moderna liberal.²¹

²⁰ En esta apreciación coinciden tanto Ricci (1984), como Seidelman y Harpham (1985).

²¹ El ataque contra las premisas positivistas se dirigía sobre todo a la variante "dura" del conductismo (sobre esto véase Sanders, 1985). No es tema de este ensayo abordar el debate epistemológico de las ciencias sociales. Basta apuntar que, entre los mismos filósofos de la ciencia cercanos a la tradición del positivismo, como Popper y Hempel, se empezó a aceptar la idea de que la observación y por ende los datos serán precedidos, si no por teorías deductivas, si al menos por *intuiciones relevantes*. En los años setenta hubo una ofensiva, desde la filosofía de la ciencia social, de los "interpretativistas" contra el positivismo en las ciencias sociales (véase, por ejemplo Ryan, 1976). Sin embargo no parece haber tenido un impacto directo en los programas de investigación de la ciencia política. Mientras que las obras de Kuhn, sobre el cambio de paradigmas, e Imre Lakatos, sobre los programas de investigación sí fueron influyentes en la transformación y énfasis hacia métodos y enfoques novedosos (sobre la

Por otro lado, jóvenes académicos identificados con la “nueva izquierda” cuestionaron la asociación de la ciencia política dominante con la promoción del *statu quo* político. Mientras los Estados Unidos se hundían cada vez más en el conflicto en Vietnam y en un sinnúmero de intervenciones abiertas y clandestinas en el extranjero, cuando la Casa Blanca recurría a métodos propios de ladrones y gánsteres y la sociedad estadounidense se sacudía con reclamos sobre los derechos humanos y cuestionamientos al racismo, el sexismo y la pobreza, el conductismo, como orientación ideológica para la ciencia política, fue simplemente rebasado por los acontecimientos.

Pero una vertiente crítica provino del interior del bando pluralista y liberal. Theodore Lowi (1979) encabezó una dura ofensiva contra el modelo pluralista, diciendo que se había convertido en una apología del juego de poder de grupos privilegiados, capaces de establecer verdaderas “esferas de poder” aisladas del escrutinio público.²² Para él, el enfoque pluralista de la ciencia política resultaba una ideología falaz. La política basada en el liberalismo de los grupos de interés habría conducido a la parálisis de las políticas públicas vinculadas a la promoción del bienestar social en los Estados Unidos.

El incentivo del cuestionamiento de Lowi al liberalismo de los grupos de interés tiene sentido en el contexto de la insatisfacción con los enfoques liberales. Este autor señalaba cómo la política de grupos de interés, bajo la cual el modelo pluralista había florecido en los pasados cincuenta años, se había degradado en un sistema ajeno al escrutinio público y a la noción misma de democracia. En palabras de dos comentaristas:

La política pluralista funciona sólo en cuanto fragmenta y divide en compartimentos las demandas por democracia y participación. Ella admite dentro de su círculo sólo a aquellos dispuestos a negociar alrededor de estrechos intereses materiales,

incómoda relación entre la epistemología o filosofía de la ciencia social y la ciencia política véanse los trabajos de Gunnell). Pero es cierto que, a partir de estos debates, se ha cultivado entre los politólogos un interés notable por discutir cuestiones normativas y propiamente filosóficas (Smith, 2001).

²² Theodore Lowi es uno de los más serios promotores de “el retorno al Estado” en la ciencia política de los Estados Unidos, merece un tratamiento especial. Su afirmación de que la ciencia política de ese país ha sido un eco de las ideologías estatales, sin ser consciente de ello, ha escandalizado a Herbert Simon (véase el picante debate en el número de marzo de 1993 de la revista *PS*). La idea central de Lowi es que la ciencia política se ha encerrado en premisas ideológicas que no ha sido capaz de discernir y menos superar. Esta ideología es la “filosofía pública” de la política liberal de los grupos de interés (Lowi, 1967, 1979).

no amenazantes. Evade las cuestiones acerca del propósito público de la ley y de la autoridad, y desestima el ejercicio del poder informal pero real ejercido por los estrechos gobiernos de las corporaciones en los Estados Unidos. Los grupos de interés fueron exitosos tan sólo cuando fueron burocráticamente organizados y dominados por las elites (Seidelman y Harpham, 1985: 195).

La solución a este dilema llevaba a otra sorpresa, a la *democracia jurisdiccional*, que consistía en aislar al poder ejecutivo de las luchas facciosas de los grupos de interés, encausándolas, a la vez, a la esfera del poder legislativo. Lowi se enfrentó al hecho de que el dominio de la política por los grupos de interés, ligada a la política pluralista, podría resolverse con una presidencia fuerte, sometida a claros mandatos legales, y con un Estado activo y progresista que enfrentara los problemas sociales reales.

Charles Lindblom apuntaba en su discurso presidencial ante la APSA en 1981 (Lindblom, 1982), el hecho de que la ciencia política ya no podía considerarse monolíticamente agrupada alrededor de premisas epistemológicas, teóricas e ideológicas y destacaba la validez de las pretensiones de las nuevas generaciones. Él mismo, en una retrospectiva elaborada años después, cuestionaría los méritos científicos de la ciencia política de mediados del siglo xx: “Entre 1940 y 1950, la ciencia política no produjo casi ninguna proposición con un alto grado de conclusividad” (Lindblom, 1997: 237), y hacía eco de una vieja disputa en la ciencia política, entre la convicción democrática y el credo de la neutralidad valorativa. Más aún, la falta de una base teórica era subrayada o, cuando ésta estaba presente, identificada con una ideología del *statu quo*; “Siguiendo el análisis funcionalista, la ciencia política encontraba, por ejemplo, que la apatía ciudadana era la fuente de la estabilidad, sin considerar que quizá también lo fuera de las fuentes de oportunidad para la explotación de las masas por las elites” (Lindblom, 1997: 247).

En efecto, en el enfoque pluralista de la política se enfatizaban los procesos de pesos y contrapesos en el sistema político, que permitían una relación virtuosa entre las elites políticas y la ciudadanía. La relativa moderación en la intensidad de la participación en sí misma era garantía del funcionamiento de las instituciones y era suficiente para mantener a raya cualquier abuso del poder. Pero los tiempos políticos mostraban una y otra vez los excesos del poder político y las nuevas formas de influencia y dominación de los grupos económica-

mente poderosos. El “qué, quién y cómo” que Lasswell estableció como la agenda de investigación para la ciencia política parecía olvidado en lo que se manifestaba como una complacencia mal justificada con el *statu quo*. Por un lado, apareció una atracción por el estudio de las elites. Aunque la obra de Charles W. Mills (Horowitz, 1983) fue duramente juzgada y desprestigiada por los académicos más conservadores, caló en las jóvenes generaciones y aun el marxismo recibió un nuevo aire, reinsertando asuntos marginados durante la hegemonía conductista y pluralista (véase Alford y Friedland, 1991).

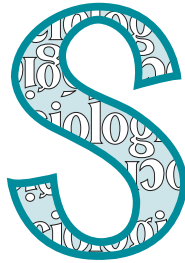
En este ambiente de confrontación teórica, pero también ideológica, David Easton (1969) se veía obligado a reiterar que, incluso abandonando las exigencias de una ciencia política de base positivista, el estatuto científico podía seguir manteniéndose. La misma posibilidad de un análisis científico y objetivo “postpositivista” de la política fue proclamado insistentemente por diversas escuelas y autores y, en esta etapa de crisis de la ciencia política estadounidense, la discusión se articuló desde varias direcciones (véase Easton, 1969).

Empero, la radicalización de la ciencia política tampoco lograría establecerse firmemente en su propio ámbito. En el contexto de las instituciones académicas estadounidenses, el radicalismo sólo podría prosperar si se comprometía con las reglas básicas de la profesión, pasando las pruebas de calidad científica y metodológica.²³ Con la crisis del conductismo como enfoque hegemónico de la ciencia política emergieron nuevos programas teóricos. Tanto la teoría económica de la política, como el enfoque neoinstitucionalista harían reclamos sobre los límites y censuras del análisis pluralista. En el primer caso, se cuestionarían, por vagos, los criterios de construcción de los mismo átomos del análisis pluralista, es decir, la unidad de los grupos. La teoría económica de la política abandonaría el enfoque basado en valores y la presunción apriorística de la existencia de “intereses colectivos”, tanto del pluralismo como del marxismo, para proponer un retorno a criterios utilitaristas e individualistas (Olson, 1965). El “retorno a las instituciones y al Estado” como conceptos nucleares también inició

²³ La revuelta contra la hegemonía de la ciencia política conductista provino de jóvenes sociólogos y politólogos agrupados, en 1967, en el *Caucus for a New Political Science*, en la reunión anual de la APSA. Los miembros del *Caucus* no tuvieron éxito inmediato en modificar las directrices de esa asociación. El epíteto de *radicales* aparecería en ese entonces. Pero el radicalismo crítico dejaría huella. Entre los más destacados exponentes de la necesidad de una reforma interna en la APSA estaba Alan Wolfe (Ricci, 1984: 188).

su marcha ascendente en las agendas de la ciencia política postconductista, ofreciendo una drástica crítica al análisis pluralista, al enfatizar los procesos históricos, sobre todo los de conflicto social y político, en la formación de las instituciones políticas, en una aproximación a las teorías marxistas y weberianas (Pierson y Skocpol, 2001).

En suma, el paradigma pluralista fue atacado subrayando sus insuficiencias o anomalías para explicar procesos y apreciar actores políticos en un mundo cambiante. Tanto por sus contenidos ideológicos, como por sus modos teóricos y metodológicos, la revolución conductista y el modelo de la política pluralista fueron retados por teorías que los acusaban de falta de rigor científico y por aquellas que los culpaban de representar un científicismo desligado de la evaluación valorativa. Pero, en medio de estas disputas, la ciencia política estadounidense recibiría del modelo conductista y pluralista los rasgos fundamentales de su identidad disciplinaria.



BIBLIOGRAFÍA

- Alford, Robert R. y Roger Friedland
 1991 *Los poderes de la teoría: capitalismo, Estado y democracia*, Manantial, Madrid.
- Almond, Gabriel A.
 1988 *A Discipline Divided, Schools and Sects in Political Science*, Sage Publications, California.
 1998 "Political Science: The History of the Discipline", en Robert E. Goodin y Hans-Dieter Klingemann, *A New Handbook of Political Science*, Oxford University Press, Oxford.
- Barry, Brian
 1970 *Los sociólogos, los economistas y la democracia*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Beard, Charles
 1913 *An Economic Interpretation of the Constitution*, McMillan, Nueva York.
- Behnegar, Nasser
 2003 *Leo Strauss, Max Weber and the Scientific Study of Politics*, University of Chicago Press, Chicago.
- Bentley, Arthur F.
 1995 *The Process of Government: A study of Social Pressures*, Transaction Publishers, Nueva York [1908].
- Bill, James A., y Robert L. Hardgrave, Jr.
 1981 *Comparative Politics*, University Press of America.
- Crick, Bernard
 1959 *The American Science of Politics. Its Origins and Conditions*, University of California Press, Los Angeles.
- Dahl, Robert A.
 1956 *A Preface to Democratic Theory*, University of Chicago Press, Chicago.
 1961a "The Behavioral Approach in Political Science: Epitaph for a Monument to a Successful Protest", en *American Political Science Review*, vol. LV, núm. 9, diciembre.
 1961b *Who Governs? Democracy: Autonomy City*, Yale University Press, New Haven.
 1971 *Polyarchy*, Yale University Press, New Haven.
 2001 "Pluralism", en *The Oxford Companion to Politics of the World*, Oxford University Press, Oxford.
- Drury, Shania
 1997 *Leo Strauss and the American Right*, Griffin Trade Paperback, Nueva York.
- Easton, David
 1953 *The political system*, Knopf, Nueva York.

- 1969 "The New Revolution in Political Science," en *American Political Science Review*, vol. 63, núm. 4, diciembre.
- Eckstein, Harry
- 1988 "A Culturalist Theory of Political Change", en *American Political Science Review*, vol. 81, núm. 3.
- Farr, James
- 1995 "Political Science and the State", en James Farr, John S. Dryzek y Stephen T. Leonard, eds., *Political Science in History: Research Programs and Political Traditions*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Fensterstein, Matthew
- 1997 *Pragmatism and Political Theory*, The University of Chicago Press. Chicago.
- Gunnell, John G.
- 1993 *The Descent of Political Theory*, The University of Chicago Press, Chicago.
- 1995 "The Declination of the 'State' and the Origins of American Pluralism", en James Farr, et. al., *Political Science in History: Research Programs and Political Traditions*, Cambridge University Press, Nueva York.
- 2002 "Imaging and imagin. The American polity: American political science and the discourse of democracy", ponencia presentada en el 98o. Congreso Anual de la American Political Science Association, en Boston, Mass.
- Hartz, Louis
- 1955 *The Liberal Tradition in America: An Interpretation of American Political Thought Since the Revolution*, Harcourt, Brace and World, Nueva York.
- Horowitz, Irving Louis
- 1972 *Foundations of Political Sociology*, Harper & Row, Nueva York.
- 1983 *C. W. Mills: An American Utopian*, The Free Press, Nueva York.
- Katznelson, Ira
- 1997 "The Subtle Politics of Developing Emergency: Political Science as Liberal Guardianship", en Noam Chomsky et al., *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History*, The New Press, Nueva York.
- Katznelson, Ira, y Helen V. Milner
- 2002 "American Political Science: The Discipline's State and the State of the Discipline", en Ira Katnelson y Helen V. Milner, eds., *Political Science: State of the Discipline*, APSA-Norton, Nueva York.
- Key, Orlando Vladimir, Jr.
- 1949 *Southern Politics in State and Nation*, Knopf, Nueva York.
- 1964 *Public Opinion and American Democracy*, Knopf, Nueva York.

Lasswell, Harold D.

- 1936 *Politics: Who Gets, What, When and How*, McGraw-Hill, Nueva York.
- 1941 "The Garrison State", en *American Journal of Sociology*, vol. 41, enero.
- 1962 "The Garrison State Hypothesis Today", en *Changing Patterns of Military Politics*, The Free Press of Glencoe, Nueva York.

Lasswell, Harold D. y Abraham Kaplan

- 1950a *Power and Society*, Yale University Press, New Haven.
- 1950b *National Security and Individual Freedom*, McGraw-Hill, Nueva York.

Lindblom, Charles

- 1982 "Another State of Mind" Presidential Address, APSA, 1981, *American Political Science Review*, vol. 76.
- 1997 "Political Science in the 1940s and 1950s", en *Daedalus*, vol. 126, núm. 1, invierno.

Lippmann, Walter

- 1922 *Public Opinion*, McMillan, Nueva York.

Lowi, Theodore J.

- 1967 "The Public Philosophy: Interest Group Liberalism," en *American Political Science Review*, vol. LXI, núm. 1, marzo.
- 1979 *The End of Liberalism*, W. W. Norton & Company, Nueva York [1969].
- 1992 "The State in Political Science: How We Became what We Study", en *American Political Science Review*, vol. 86, núm. 1, marzo.
- 1993 "A Review of Herbert Simon's Review of My Review of the Discipline", en *PS Political Science & Politics*, marzo.

Merriam, Charles

- 1921 "The Present State of the Study of Politics", en *American Political Science Review*, núm. 15, pp. 173-185.
- 1925 *New Aspects of Politics*, University of Chicago Press, Chicago.
- 1926 "Progress in Political Research", en *American Political Science Review*, núm. 20, febrero, pp. 1-3.

Mills, C. W.

- 1956 *The Power Elite*, Oxford University Press, Nueva York.

Neal, Patrick

- 1995 "Theory, Postwar Anglo-American", en Seymour Martin Lipset, ed., *Encyclopedia of Democracy*, Congressional Quarterly, Washington, D.C.

Olson, Mancur

- 1965 *The logic of Collective Action*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.

- Pierson, Paul, y Theda Skocpol
 2001 "Historical Institutionalism in Contemporary Political Science", en Katznelson y Milner, *Political Science: State of the Discipline*, Norton.
- Purcell, Edward A., Jr.
 1973 *The Crisis of Democratic Theory: Scientific Naturalism & the Problem of Value*, The University Press of Kentucky, Lexington.
- Ricci, David M.
 1984 *The tragedy of the American political science: politics, scholarship and democracy*, Yale University Press, New Haven.
- Ross, Dorothy
 1991 *The Origins of American Social Science*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Rueschmeyer, Dietrich, y Theda Skocpol
 1996 *States, Social Knowledge and the Origins of Modern Social Policies*, Russell Sage Foundation, Nueva York.
- Ryan, Alan, comp.
 1976 *La filosofía de la explicación social*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Sanders, David
 1995 "El análisis conductista", en David Marsh y Jerry Stoker, eds., *Teoría y métodos de la ciencia política*, Alianza Editorial, Madrid.
- Seidelman, Raymond y Edward J. Harpham
 1985 *Disenchanted Realists. Political Science and the American Crisis, 1884-1984*, State University of New York Press, Nueva York.
- Shapiro, Robert Y.
 2001 "Public Opinion", en *The Oxford Companion to Politics of the World*, Oxford University Press, Nueva York.
- Shklar, Judith
 1997 "Redeeming American Political Theory", en *American Political Science Review*, vol. 85, núm. 1, marzo.
- Simon, Harbert A.
 1993 "The State of American Political Science: Professor Lowi's View of Our Discipline", en *PS*, marzo.
- Smith, Roger M.
 1997a *Civic Ideals: Conflicting Visions of Citizenship in U.S. History*, Yale University Press, New Haven.
 1997b "Still Blowing in the Wind: The American Quest for a Democratic, Scientific Political Science", en *Daedalus*, vol. 26, núm. 126, invierno.
 1997c *The Norton History of the Human Sciences*, W. W. Norton & Company, Boston.

- 2001 "Reconnecting Political Theory to Empirical Inquiry, or, A Return to the Cave", en *APSA Proceeding*, American Political Science Association, Annual Congress.
- Somit, Albert y Joseph Tanenhaus
1982 *El desarrollo de la ciencia política estadounidense*, Ediciones Gernika, México.
- Strauss, Leo
1962 "An Epilogue", en Herbert J. Storing, ed., *Essays on the Scientific Study of Politics*, Holt, Reinhart & Winston, Nueva York.
- Truman, David B.
1953 *The Governmental Process: Political Interest and Public Opinion*, Knopf, Nueva York.
- Vidal de la Rosa, Godofredo
1992 "Retos pluralistas: comentarios sobre las visiones del pluralismo democrático", en *Sociológica*, año 7, núm. 19, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México.
- Vidich, Arthur, Standford M. Lyman y Jeffrey C. Goldfarb
1981 "Sociology and Society: Tensions", en *Social Forces*, vol. 48, núm. 2, verano.
- Wolin, Sheldon
1960 *Politics and Vision. Continuity and Innovation in Western Political Thought*, Little, Brown and Company, Boston.
1969 "Political Theory as a Vocation", en *American Political Science Review*, vol. 63, núm. 4, diciembre.